## SEGUNDA PARTE

Ι

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo. Yo, Tomás Celorio, cura párroco de Vericueto, quiero que valga como testamento mio, en que dejo declarada mi última voluntad, éste que firmo y redacto por mi propia mano en esta forma tan diferente de las usadas para tales casos, pero no menos válida si hay justicia en la tierra. -No dejo el cuerpo á los gusanos, que ya ellos se lo tomarán sin mi permiso, como cosa muy suya que es; ni dejo el alma á Dios, que fuera dejarle lo que nunca fué mío y siempre de Su Divina Majestad, como El probará con mandarla adonde á su Justicia convenga. Lo único mío es este montón de papeles, entre los cuales se encontrará este mi testamento, junto todo ello en un arca, si antes algún ladrón, engañado por la fama falsa de rico de que me ha cargado la malicia, no entra en el

escondite del supuesto tesoro que guardo bajo la cama, y con la ira del desencanto destruye todos esos documentos para él inútiles, y que para mi representan el descanso de mi vejez, la paz de mi conciencia, y el rescate de mi pundonor ultrajado. Pues esto de que dispongo, y que ha de ser todo lo mio, si se liquida bien mi herencia, y se compara justamente el debe y el haber que dejo á la hora de mi muerte, quiero que sea de la propiedad de D. Gil Higadillos y Fernández, filósofo y maldiciente de profesión, mi buen amigo á pesar de todo, y que ha de tener un buen sentir antes de verse en el trance por que yo habré pasado cuando esto se lea, y morirá en el seno de mi Santa Madre la Iglesia, según à Dios le pido en mis frecuentes oraciones.

Es asimismo voluntad mía que ese montón depapeles bien doblados no sea registrado sino después de que este mi testamento sea leido por las personas á quien dé el encargo de que apenas yo cierre el ojo abran el arca que tengo debajo de mi cama y se enteren; ante todo, del contenido del primer documento que encuentren, que será éste, si la ajena codicia no me revolvió los papeles.

Ya tengo dicho, y así espero que se cumpla, que esta lectura ha de hacerse en alta y clara voz por el mismo Higadillos, mi heredero, si como espero está presente al acto, y creo que estará, pues su gran curiosidad, su poco de codicia y algo de

piedad, le obligarán á satisfacer este deseo mío, que tantas veces le tengo manifestado. Si Higadillos no estuviere presente, leerá mi coadjutor, y á falta de éste la persona de más respeto entre los presentes; y no creo que á esto se falte, pues muchas veces se lo tengo pedido á Ramona Cencillo, mi ama de llaves, á quien buen chasco espera, al coadjutor D. Sancho Benitez y á varios feligreses que serán los que probablemente rodearán mi lecho cuando yo expire.

Para explicar cómo teniendo yo fama de rico, gracias á la usura en que viví más de veinte años, muero tan pobre como pronto verán los que otra cosa esperan, dejo aquí escrita parte de mi historia, toda la que hace al caso para mi disculpa. También la escribo para que con ella adquiera mi heredero algo de más provecho que los papeles adjuntos, pues más que esos papeles y más que cuantos bienes materiales pasaron por mis manos, vale la lección que el filósofo Higadillos puede sacar y disfrutar aprendiendo á no juzgar á los hombres por las apariencias, ni el fondo de los corazones por la exterioridad de ciertos hábitos; que el hábito no hace al monje.

Y sin más preámbulo, empiezo ya á decir quién soy yo y cómo y por qué vine á parar en tan económico administrador de los viles intereses de que fuí por poco tiempo á manera de depositario.

Naci en una aldea, no lejana de estos contor-

nos, en casa que tenía escudo sobre la puerta, recuerdos de antigua bienandanza y de sempiterna honradez, y al venir yo al mundo mermadas rentas, ni con mucho bastantes á mantener, con el decoro necesario à la hidalguia nuestra, à ocho hijos que éramos, entre varones y hembras; diez bocas, contando á los padres, y catorce incluyendo á toda la servidumbre indispensable para ayudarnos en el cuidado de las tierras y ciertas industrias caseras y aldeanas que nos ayudaban no poco. No era vo el primero ni el último de los cinco hermanos varones, ni el mimo de mis padres, ni un estropajo en la casa; se me quería como á todos; pero un buen natural ó lo que fuera, seguramente la gran repugnancia que me causaban las revertas y el dolor propio ó ajeno, y sobre todo, el horror à la injusticia, al mal reparto de lo que á cada cual corresponde, me hicieron siempre ceder antes que otros en mis pretensiones, por no renir, por no molestar, por no ser injusto. Grave problema era en la casa el de ir despachando la competencia de los dientes, es decir, colocando tanta herramienta de consumir la hacienda donde menos daño hiciera ó ya no lo hiciese; y los expedientes para lograr este anhelo constante de la familia consistían en casar hijas ó meterlas en un convento, y en mandar á la Habana á un hijo á que hiciera fortuna, si Dios era servido; buscarle á otro un empleo y aprovechar para alguno la ven-

taja de cierta modesta pensión que en el testamento de un canónigo pariente se le dejaba á aquel de nosotros que abrazare el estado eclesiástico. Mi hermano mayor era débil, flaco, enfermizo, amigo del estudio, pero no de las faldas negras que el pariente pedía como condición para su liberalidad póstuma; además, mi padre no quería clérigo al primogénito; el que seguía demostró su afición á los viajes, á los azares de la suerte, y fué el que embarcó casi sin consultar con los otros; y yo, aunque era tal vez el más robusto y el más aficionado á la vida del labrador, á sus tareas y placeres, cargué, no sé cómo ni por qué, por el despego de los demás, antes que por mi afición, con la gravisima incumbencia de cantar misa y cobrar la pensión, con la cual, por acuerdo de mis padres y hermanos, que creían, como yo, interpretar así la real voluntad del tío difunto, había de ayudar á aquellos de mis hermanos que menos amparados quedasen, y aun á mis padres si llegaran á necesitarlo.

Fui sacerdote sin gran vocación, pero también sin repugnancia, con fe bastante para tomar en serio la estrecha disciplina de mis deberes. La vida que me esperaba no me parecía muy diferente de la que de todas suertes hubiera yo escogido, y sólo en el capítulo de la carne vi un poco de cuesta arriba; pero esto ya cuando le había tomado gusto á la carrera y me había interesado muy de veras

la teologia, pues aquella especie de matemáticas celestiales de Santo Tomás eran muy de mi gusto; y por defender tal doctrina, que me parecia evidente, hubiera yo andado á silogismos, y aun á cintarazos, con cualquiera. Si al principio la vida del seminario me disgustó no poco, fué por la libertad campesina que me faltaba, no por el rigor del régimen eclesiástico; por fin, el hábito, el compañerismo, el espíritu de cuerpo, hicieron de mi un cuervo (como nos llamaban), entusiasta, sincero, de aplicación más que mediana, si no modelo de virtudes, tampoco escándalo de la santa casa, donde había muchos como yo que, si transigían con el diablo algunas veces, rescataban los pecados con la debida penitencia, muy sincera, y no pocas veces vencian en aquellas luchas en que la tentación no era ni tan fuerte ni tan hermosa como suelen figurarse los profanos que escriben cosas de literatura à costa de los clérigos.

Nunca había yo soñado con casarme; y aun en el tiempo en que era libre y podía dejar el seminario, jamás se me pasó por las mientes echar de menos el matrimonio, y la cáfila de hijos con sus docenas de muelas, y los apuros del hambre y las carreras, y las bodas de las hijas, etc., etc. De todo esto había visto sobrado en mi casa; y si algo sentia yo que le faltaba al clérigo que podía serle agradable, no era ciertamente el verse como yo había visto á mi buen padre, á quien nunca llega-

ba el agua al sal. No, el matrimonio no era una tentación; pero es claro que una cosa es el matrimonio y otra la mujer. El clérigo renuncia ostensiblemente al matrimonio y á la mujer; pero sabe que si transige con el pecado, el matrimonio seguirá siéndole imposible, pero el amor posible, aunque ilícito. Yo no sé lo que pasará por los demás clérigos que no sean muy buenos; pere por mi, que era mediano, pasó esto que declaro: casi sin darme cuenta de ello, el distingo que dejo apuntado contribuyó no poco á que sin gran esfuerzo ni solemnidades de conciencia contrajera el compromiso de castidad á que me ligaba mi estado. Después, la experiencia me enseñó que no era tan fiero el león como le pintaban. Si primero hubo lucha, no muy encarnizada, y no fué siempre la victoria de la virtud, las batallas ganadas para el bien eran las más, y esto borraba el remordimiento de las pérdidas, amén del considerar que en tales alternativas de fortuna se pasaba la juventud de infinidad de compañeros míos. Del no jactarme de bravucón en tales combates con las tentaciones, creo yo que vino la paz en que me fui viendo luego, pues encontró la concupiscencia un derivativo en el moderado afán de lucro que no podía tener en mi otra forma que la del juego. Los apuros pecuniarios que habían sido el tema constante de las preocupaciones familiares en la casa paterna, habían dado como un tinte amarillento á

todos mis actos y deseos; mi actividad, fuerte y fecunda, se encaminaba siempre en pos de la legitima ganancia, con gran anhelo de la propia y respeto de la ajena. Las tentaciones del amor fueron pronto para mi tortas y pan pintado en comparación de las tentaciones del oro. Pero hubiera yo querido conquistarlo en franca y noble lucha con la naturaleza, en industria lícita y útil à la república. Vedábame el estado sacerdotal todo conato en tal sentido, y hube de atenerme al tresillo, al solo y... à la santina, ó sea el monte, que se jugaba en las rectorales en las noches que seguian à las fiestas del Sacramento y otras no menos solemnes. No había para mí otro modo de dar expansión à mi deseo de legitima ganancia.

II.

Metido en una aldea, viviendo de pitanzas, alguno que otro sermonzuco y la pensión de marras, que repartía con la demás familia, vegetaba mi juventud, sin encontrar la reina de Saba en cada rincón frondoso; llevando las tentaciones de bolina; criando mucha sangre, que no se me pudría, pues se gastaba en correr de aquí para allá, madrugar mucho y servir bien en mi oficio. Pero si no me hacía la lujuria tirarme de espaldas ó de

vientre sobre cardos y abrojos, otra comezón me apuraba y era la de la ganancia que no conseguía, el prurito del medro codicioso, apegado á mi espíritu como sarna heredada ó cogida en la penuria miserable de los míos, en aquel hogar tan pobre en su hidalguía, tan acongojado con los apuros de cada cena, de cada par de zapatos, de cada teja que se rompía, de cada árbol que se secaba. Soñaba yo, así literalmente, con los miedos de hambre que años y años había pasado en casa de mis padres, y para toda la vida se me había pegado el hábito de pensar y anhelar constantemente en la pecunia y por la pecunia.

Pareciame la cosa más seria del mundo, la realidad más realidad, más inexorable, más fija en sus leyes. «Con el dinero no se juega», pensaba yo (¡ojalá no hubiera jugado nunca con el dinero!) esto era para mí un dogma; de todas las demás cosas tenía yo mis dudas, veía en el fondo de las preocupaciones humanas algo de ilusión, de fantasía, que si los pusilánimes no advertían, los valientes notaban, desengañados y atrevidos, sabiendo que no es bien muy seguro el que se puede perder cuando cualquier cosa se arriesga. Esta especie de semi-escepticismo burlón (respecto de las cosas temporales, por supuesto) serviame, como á otros, para osar mucho y con cierta gracia, por el escaso valor que previamente daba á lo que podía ir perdiendo... Mas esto en cosas que nada tuvie-

ran que ver con los cuartos. Así, verbigracia en las de amor propio, honores, concepto ajeno, lindezas de la ropa ó del ajuar casero, firmeza de las amistades y otras vanidades del mundo, como el mérito de nuestros actos, verdad de las doctrinas y opiniones, etc., etc. Si se me hablaba de milagros, yo creía todos aquellos que tenía obligación de creer, mas otros muchos en que las leyes naturales que se torcian nada tenían que ver con la marcha económica del mundo; pero en milagros de dinero no creia; porque pareciame á mí que en esto de los maravedises la seriedad exigía que no hubiese excepciones y que todo de antemano se pudiera calcular sin temor á inexplicables sorpresas. Dios mejor que nadie sabía cuánta formalidad se necesita en el comercio, en el cambio, en el crédito, y era seguro que todo lo tenía de modo inalterable dispuesto en las leyes à este orden relativas. Sin contar con que los milagros eran para fines espirituales, para dar frutos de religión, y la plata y el oro cosas rematadamente terrenas, perecederas y mundanas. El Señor había vuelto la vida á los muertos, la vista á los ciegos, la salud á los paralíticos, pero á los pobres les había mandado tener paciencia, y no les había llenado la bolsa más que con el buen consejo dado á los ricos de que les abandonaran sus riquezas. Por donde se veía que el mismo Dios, que sacaba la salud, la vista, la vida, de los abismos de su gracia, no ha38

bía querido disponer así, por cosa vil, del dinero, y no encontraba otra manera de hacerlo pasar á unas manos que el sacarlo de otras, prueba de la perpetuidad y fijeza de las leyes del cambio.

Por toda esta teología yo paré en el más empedernido jugador de solo y tresillo de todo el Arciprestazgo. ¿Qué hacer? No había para un pobre capellán otra manera de procurarse un peculio adventicio fuera de los mezquinos derechos que me valían el altar y el púlpito, los entierros y otras menudencias. Y en mí el afán de legítimo lucro era invencible. Además, lo que yo, hacían los clérigos rurales en general, jugar y más jugar; en esto no se distinguian los buenos de los malos, jugaban todos.

Ibamos de rectoral en rectoral, de fiesta, en fiesta siempre los mismos curas con los mismos espada mala bastos; unos con la buena estrella de los estuches, otros siempre pasando ¡transeat!

Ya se sabía; en cada parroquia había dos fiestas por lo menos: la sacramental y la del santo patrono. Además, había hijuelas, capillas y ermitas y otros santuarios con sus romerías, misas cantadas y correspondientes comilonas de honrados levitas que no ofendían á Dios con su buen apetito, inocentes bromas y bueno ó mal naipe. Verdad es que, como ya llevo advertido, á veces, á última hora (una hora muy larga que solia prolongarse desde las doce de la noche hasta las cuatro ó las

cinco de la mañana), se echaba, con gran misterio y cierto picante remordimiento, la santina, ó sea su poquito de monte; y aunque no digo yo que parezca muy bien el modesto óbolo de una pitanza, ganada con el canto liano y los sublimes psalmos del rey poeta, confiado á la mudable condición de una sota ó de un caballo; ni sostengo que sea conforme á los cánones que una imitación de Bossuet ó de Bourdaloue, se emplee, verbigracia, en un entrés trasnochado; ello es que mayores delitos registra la historia de los papas; y no había otra manera de matar el tiempo sin notoria malicia.

No sólo jugábamos en las casas rectorales y de los clérigos sueltos, sino en las de algunos amigos que, aunque no pertenecían á la iglesia docente, eran muy buenos camaradas, fieles hijos de la Iglesia, y algunos grandes espadas en el dificil arte de la malilla.

El conde de Vegarrubia era el núcleo de los jugadores de tresillo y demás, clérigos y seglares, en doce leguas à la redonda. Criado y educado en París, allí había gastado muchos millones y mucha salud, y ahora le encontraba más gracia que à lucir caballos y tiros lujosos en el bosque de Boulogne, à darse tono de experto tresillista y arriesgado en todo juego de azar, delante de media docena de curas de aldea ó caciques de campanario.

Todavia era muy rico, y eso que seguia gastando en disparates que, si no eran como los dis-

curridos en París, no eran menos extravagantes y costosos. No tenia idea del mérito del dinero, y con todo no pensaba en otra cosa, con tal de pensar en el juego; divertíase viendo rabiar á los pobres que perdian y desafiando con la suva la serenidad ajena ante los golpes de la adversa fortuna. Yo, à lo menos, de mi sé decir que en cuanto el conde, que además muy delicadamente sabía mostrar la superioridad que atribuía á su noble sangre, se me plantaba cara á cara con cierta sonrisita y unos ojos fríos y corteses invitándome con mucha gracia á probar fortuna, á disputarme los favores de la suerte y à manifestar sangre fria ante los desdenes de la voluble deidad del abismo, ya estaba yo todo erizado de orgullo, recordando el abolengo puro de mi desgraciada hidalguía, siempre muy pobre, pero siempre muy linajuda. Mucho más grande, pienso ahora, era mi valor que el suvo, pues mi pasión á los cuartos era mucho mayor, no por el juego, sino por el metal mismo, y las cantidades mismas suponian mucho más para mi inopia incurable que para su riqueza sin suelo. Y ahora he de notar que sólo en las malas comedias las pasiones son tan exclusivas que no dejan ver otras flaquezas; yo, á más de amigo de la legitima ganancia, era muy partidario de los pergaminos de mi familia, cuyas pretensiones linajudas me parecían tanto más dignas de defensa cuanto más la pobreza de muy antiguo había venido probando el oro de ley de nuestra hidalguia.

Entre los vecinos y amigos de más lejos que frecuentaban la tertulia del conde, había algunos mayorazguetes y dos ó tres varones y vizcondes. Uno de aquéllos, el barón de Cabranes, me interesaba á mí por su buena figura, aristocrática de veras, aunque melancólica y algo delicadilla, y sobre todo porque sabía de él desgracias análogas y aun superiores à las mias. Muerto su padre, había quedado á la cabeza de una muy numeros a familia en que abundaban las señoritas, que no se casarían jamás por falta de dote y sobra de necesidades ficticias; eran nobles y no eran ricos, iban camino de la ruina como D. Quijote á la cena en el castillo, sin quitar la celada. Era el de Cabranes joven muy afable, siempre triste y taciturno... y jugaba como un desesperado, no al tresillo, que no sabía, sino en cuanto se ponía el cobertor (costumbre misteriosa) para los juegos de azar ó de envite.

Una noche, después de una francachela en casa del conde, en la cual se me hizo á mí beber mucho más de lo acostumbrado, ya á muy altas horas de la noche, la suerte, el diablo se empeñó en ponernos uno frente al otro al barón y á mí; todo lo ganaba yo; golpes fuertes de prosperidad ó de extraño revés iban y venían de él á mí, dejando como en la sombra á los demás jugadores, el conde inclusive, que, envidioso, en vano

33219

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
NOMO 1626 MONTERREY, MEXICO

hacía locuras de audacia con su dinero para disputarnos la atención de todos. Era todo esto anuncio del tremendo desafío que se preparaba entre bromas corteses y fraternales, entre alegría de clérigos bonachones, en la excitación de la buena pero algo excesiva bebida.

Llegó un momento en que vo le ganaba un dineral al barón de Cabranes; algunos curas, menos amigos del oro que yo ordinariamente, pero también menos capaces de rasgos de grandeza y menos cuidadosos del brillo de su raza, me daban con el codo para que dejase de tentar á la suerte y me retirase con mi ganancia, que á ninguna trampa ni cosa fea debía; pero más caso hacia yo de los impulsos generosos del vino, también generoso, de la nobleza que inspira la suerte que sopla favorable, y particularmente de las miradas y sonrisas del conde, que parecían decirme: «Vamos, plebeyo, retirate si te atreves; ¡si lo estás deseando, hidalgüelo! Sólo un noble como vo es capaz de seguir dando el desquite hasta que salga el sol á este pobre barón que pálido y tembloroso, por más que disimule, ya empieza á jugar sobre su palabra acaso más de lo que tiene.» Yo no cejaba; ganaba siempre, y siempre daba el desquite. -

Ш

No sólo el orgullo me incitaba á darle tiempo y forma al barón para cambiar la rueda de la fortuna: también la simpatía que me inspiraba, la lástima que le tenía me animaban á ello. Fingía el infeliz gran serenidad: sonreía, sonreía sobre todo cuando la risa fina del conde le desafiaba, tentaba su valor. A cada nuevo golpe repetía Cabranes:

—Pero, amigo capellán, esto no vale; así va usted á acabar por perder de fijo... Basta, basta... le debo á usted...

—Adelante, adelante—interrumpia yo, entre la admiración de todos.

Empezó el trance fiero de jugar lo que ya no había presente; riqueza que se tenía ó no se tenía... ¡Pero bastaba la palabra de un noble! Yo no sé si creía en el dinero ausente, pero creía en la palabra. ¡Debajo de las piedras buscaría un Cabranes el dinero que ofrecía!

El conde, ante aquellos dos valientes, cada cual á su modo, lleno de envidia, empezó á apuntar la idea de que... todo era broma; de que no entendía el barón deber de veras lo que perdía de palabra... El barón, como si hubiese que mostrarse fino, distinguido, fingiendo seguir la broma de